

CONMEMORACIÓN DEL 8º CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD DE PALENCIA

Emilio García Lozano
Catedrático de Historia

LA ENSEÑANZA MEDIEVAL

Sobre la enseñanza medieval en la Península Ibérica tenemos muy escasa información directa. Los datos nos llegan a través de la tradición visigoda y las actividades eclesiásticas que se realizan en las escuelas monacales y catedralicias.

La cultura medieval es la síntesis de la herencia pagana y el aporte cristiano, según afirma San Agustín en el siglo IV *“Si los filósofos paganos han formulado verdades útiles para nuestra fe... es preciso arrancárselas para nuestro uso a esos ilegítimos detentores”*. Así, tanto la antigua cultura pagana como las nuevas aportaciones cristianas constituyen los antecedentes de la enseñanza medieval gracias a las aportaciones de tres grandes sabios: Boecio (480-524), que transmitió la lógica aristotélica; Casiodoro (480-573), introductor de la retórica latina e impulsor de los monjes a copiar los manuscritos del saber antiguo; y San Isidoro de Sevilla (560-636), que ha sido calificado como el más ilustre pedagogo de la Edad Media. Él elaboró el modelo de escuelas medievales y redactó los manuales para enseñar en ellas.

La escuela isidoriana estaba destinada especialmente a la formación de clérigos y era dirigida por los obispos en su entorno catedralicio. A los escolares se les enseñaba, ante todo, a leer y escribir, además de recitar de memoria los salmos e himnos litúrgicos. Posteriormente se les enseñaba las siete Artes Liberales contenidas en el Trivium (gramática, retórica y dialéctica) y el Cuadrivium (aritmética, geometría, música y astronomía). A los dieciocho años se les preguntaba si querían ser clérigos o no. En caso negativo los escolares seguían la vida laica, y si deseaban ser clérigos, continuaban con el estudio de las Sagradas Escrituras, los dogmas, la moral, el derecho canónico y la disciplina de la Iglesia. Para éstos también redactó San Isidoro los correspondientes manuales, como por ejemplo sus famosas *“Sententiae”*, o sus *“Etimologiae”*, primera enciclopedia de las Artes Liberales.

En la Alta Edad Media, la Iglesia monopolizaba la enseñanza mediante las escuelas monacales, catedralicias y parroquiales. En los monasterios y catedrales había frecuentemente una escuela interna para monjes y clérigos y otra externa para los pocos seglares que acudían a ella, pero que estaban llamados a ser la élite rectora de la sociedad medieval. El obispo o el abad designaban a un preceptor llamado escolástico, y a un maestro. En las escuelas parroquiales, unas veces impartía la enseñanza el párroco y otras, el sacristán u otra persona entendida en letras y doctrina.

A finales del siglo XI se lleva a cabo una reforma religiosa llamada gregoriana (en atención al papa Gregorio VII) en la que entre otros aspectos, se descubre la filosofía aristotélica y se da origen a las escuelas catedralicias en las ciudades importantes con sede episcopal. En ellas empieza a sustituirse el método antidialéctico (la fe se da para vivirla y no para discutirla) por el dialéctico, en el que se defiende el uso de la dialéctica aristotélica para el estudio de las Sagradas Escrituras.

En los reinos de Castilla y León tuvieron gran importancia las escuelas catedralicias de Toledo, Burgo de Osma, Palencia, Sigüenza, León y Santiago de Compostela. En varios centros no solamente se formaron clérigos y seglares de gran valía, sino que utilizaron códices manuscritos franceses para impartir enseñanza, lo que demuestra el interés por la renovación de métodos académicos e ideas. En esa misma línea hay que enmarcar la aparición del Estudio General Palentino, como primera universidad. Había un deseo de renovar y ampliar los conocimientos recibidos en la escuela catedralicia, de gran tradición y fama, con estudios superiores de Teología, Cánones o Artes, como entonces se llamaba a la filosofía.

ORIGEN DE LA UNIVERSIDAD DE PALENCIA

Hasta el siglo XII la ciencia y la cultura fueron monopolio de la Iglesia a través de sus escuelas monásticas y episcopales, que se limitaban al conocimiento religioso y estaban controladas por la jerarquía eclesiástica. Eran más centros de conservación cultural que escuelas de saber.

La aparición de las universidades es un fenómeno que se desarrolla a partir del siglo XII a la par de la nueva situación económica que los burgueses han hecho surgir en las ciudades. Por otra parte, la introducción de la cultura clásica, principalmente por los árabes, amplía el campo cultural, difunde el

derecho romano y los reyes encuentran el estudio útil para el fortalecimiento de su poder, por lo que lo favorecen, sacándolo de los centros eclesiásticos, demasiado controlados y restringidos.

El movimiento intelectual se inicia en los círculos eclesiásticos atraídos por la cultura clásica, considerada hasta entonces peligrosa, porque podía contaminar la verdad revelada. Ahora deja de ser peligroso su conocimiento, ya que consideran que aporta mayores ventajas que inconvenientes. Numerosos clérigos se trasladan a los centros donde se conserva el saber antiguo y difunden estos conocimientos por toda Europa. Las escuelas ya no sólo se sitúan en los monasterios y las catedrales, sino que siguen a los maestros de prestigio allí donde son contratados por el poder civil o eclesiástico. Maestros y estudiantes desarrollan un nuevo espíritu. No se conforman con la repetición, sino que utilizan la dialéctica y el razonamiento, como origen de la independencia y libertad de pensamiento. Así nacen los Estudios Generales o universidades de París, Bolonia, Oxford o Palencia, la primera universidad de España.

La primera escuela catedralicia capaz de atraer a estudiantes y profesores de otros lugares fue la de Palencia, convirtiéndose en Estudio General y que posteriormente llamamos universidad. Fue definida por Alfonso X el Sabio, en “Las Partidas”, como “*ayuntamiento de maestros e de escolares para enseñar y aprender artes, gramática, lógica, retórica... y que haya maestros de derecho y señores de leyes*”.

Tradicionalmente se ha venido afirmando que la universidad de Palencia nació en torno a 1212 de la mano del rey Alfonso VIII (1158-1214) y del obispo palentino, don Tello Téllez de Meneses (1208-1246). Sin menoscabo del gran mérito de este obispo, que luchó por la universidad y la protegió como ningún otro, debemos adelantar la fecha del nacimiento de los Estudios Generales palentinos al menos treinta años para situarnos en torno al 1180 y dentro de la órbita del obispo don Raimundo, que rigió la diócesis entre 1148 y 1183.

Hay argumentos y documentación suficiente en la actualidad para afirmar que el origen universitario palentino se remonta a las últimas décadas del siglo XII, aún sin la existencia de un documento constitucional, que no tuvo por qué haberlo. Entre los documentos extraídos de la Catedral de Palencia por Teresa Abajo, entre 1035 y 1247, aparece la estancia de una serie de maestros (profesores), como Guillermo de Peñafiel, Odone, Parens, Poncius, Gerardo, Lanfranco, Nieto, Gerardo, el Notario. Todos ellos entre las fechas de 1183 y 1203. Comparando esta abundancia de maestros palentinos con Segovia o Burgos, con un solo mestrescuela cada una, es clara la conclusión: aquí había Estudio General.

Hay dos famosos estudiantes palentinos admitidos por todos los historiadores del tema: Santo Domingo de Guzmán y San Telmo de Frómista (Pedro González). Del primero se afirma que inició los estudios en Palencia en 1185 y así lo ratifican sus primeros biógrafos, casi contemporáneos del santo. Lo que indica que en esta fecha estaba el Estudio palentino en pleno funcionamiento y gozaba de prestigio suficiente como para atraer hacia él estudiantes de otras diócesis, como Santo Domingo, procedente de Burgo de Osma (Soria). Pedro González, según la primera biografía, muy próxima a su muerte, estudió muy joven artes liberales en la diócesis palentina, como más tarde, desde 1195. Estos dos casos vienen ratificados por la existencia, en estos momentos, de un maestro italiano, Hugolino de Sesso, traído como profesor de derecho por Alfonso VIII y que deja tres *prelecciones* jurídicas escritas con reiteradas alusiones a Castilla y Palencia en 1184. Aún existen más argumentos que lo confirman, como el hecho que el obispo don Raimundo fuera tío de Alfonso VIII y como obispo de Palencia es lógico que se inclinara el rey por la ciudad que regía su tío, como sede de los nuevos estudios. Conocemos también la existencia de un formulario de la Cancillería episcopal castellano-leonesa en que se recogen seis alusiones al Estudio General de Palencia, de los cuales, uno se refiere concretamente al obispo don Raimundo. No faltan otros muchos documentos y referencias que apoyan no sólo la primacía de nuestra universidad sino también su temprana aparición en las postrimerías del siglo XII.

Las vicisitudes políticas y, sobre todo, económicas de estos años hicieron que el Estudio palentino no se afanzara y tuviera el sosiego necesario para este menester. Durante los ochenta teóricos años de existencia pasó por varias muertes y resurrecciones en las que el obispo don Tello luchó como nadie por su permanencia; pero el fruto palentino aún no estaba maduro y murió con su mayor protector en 1246, cuando Salamanca, con mucha más fortuna, aunque posterior, ya había elevado el vuelo definitivo.

Hoy pretendemos conmemorar uno de los acontecimientos históricos que más fama y renombre le han dado a esta ciudad y que la leyenda ha conservado: “Palencia, armas y ciencia”



Impartiendo una lección:

La palabra *lección* viene de *leer*, y esto es lo que tenía que hacer el docente: en tiempos anteriores a la invención de la imprenta, ante la escasez de libros, que imposibilitaba que cada estudiante pudiera hacerse con todos los necesarios, el profesor leía el texto y añadía su propia conceptualización, contestando las dudas que le expusieran los alumnos.



Estudiante universitario medieval:

El más sencillo de los grados universitarios daba derecho a ostentar una corona de laurel, *bacca lauri*, y de este nombre latino derivó el vocablo *bachiller*. Seguía la *licencia docendi*, es decir el permiso para enseñar las materias de una facultad, con derecho a vestir una capa redonda y caída, llamada *toga*. El licenciado podía ponerse también un *birrete*. En lo alto de la pirámide académica estaban los *doctores*.